

VIDA CONSAGRADA

Ser levadura para dar pan

He leído con sumo gusto este libro de **Carlos del Valle**, misionero del Verbo Divino, y me han sorprendido gratamente sus reflexiones, muy valiosas, certeras, actuales y necesarias para la vida consagrada de hoy. En frases muy cortas, pensamientos muy profundos. Un libro para leerlo no de un tirón, sino para meditarlo con serenidad. Con miga, muy apropiado para las comunidades religiosas, a las que podría ayudar a reflexionar seriamente sobre sus vivencias y su identidad. Ahora que tanta falta nos hace retomar el camino de la reflexión y la búsqueda de nuestro ser y nuestro quehacer.

Escrito desde la vivencia y la experiencia, más que desde los conocimientos –aunque tampoco faltan–, se percibe en sus páginas la larga trayectoria del autor como misionero, consagrado, formador de jóvenes y animador de la vida consagrada en la Conferencia de Religiosos de Santiago de Chile. Conoce y ha vivido lo que habla. Su invitación a ser discípulos, más que maestros, y a vivir desde lo humano se convierte en eje troncal del libro: “No se puede ser discípulo si uno no vive en conexión cordial con los pobres” (p. 71).



PALADAR DE BIENAVENTURANZAS
Itinerario de vida consagrada
Carlos del Valle
Verbo Divino
Estella, 2020 · 288 pp.

Por momentos, parece un fotógrafo de la realidad interior que nos dice con sinceridad y espíritu constructivo lo que nadie se atreve. Nos habla del Papa con cariño y valora mucho su posición en temas humanos y eclesiales de relieve. Denuncia con fuerza el clericalismo, la deshumanización de nuestras instancias eclesiales, la falta de interioridad y el cansancio acumulado. Nos ayuda a sentir el peso de la fragilidad, que, a la vez, es nuestra fortaleza. Y siempre con Jesús como modelo supremo de humanidad. Su mirada debe ser la nuestra; su hacer, nuestro quehacer; su manera de mirar

la vida, la nuestra. Fieles en lo esencial, pero libres en lo secundario contra los intolerantes y jueces, que no faltan, a pesar de haber oído a **Jesús**: “¡No juzguéis y no seréis juzgados!”.

Utiliza el símil con maestría para que reparemos en sus argumentos. Por momentos, me he sentido profundamente identificado con su pensamiento, en una sintonía tal que pareciera haber compartido mucho tiempo con él, sentados tranquilamente en torno a un café, o como si alguna vez yo hubiera sentido o escrito lo mismo.

El libro se estructura en diez capítulos breves (de unas veinte páginas cada uno), pero magníficos, sobre todo el último (“Dejar que actúe la levadura”), en el que el autor comparte más su experiencia de testigo y, por tanto, es más capaz de llegar al corazón inquieto del lector: “Fui a Chile como profesor; regresé como alumno” (p. 253).

Una llamada apremiante a la vida consagrada, entre el análisis y la denuncia, que los consagrados no deberíamos pasar por alto: “Nuestros odres, sin ilusión, esperanza, inquietudes, no soportan el vino nuevo de la sociedad donde hay Evangelio encarnado” (p. 249). Porque la vida consagrada no es aquella que *da*, sino la que *es*; no es la que *da* pan, sino la que *es* levadura.

No debería faltar en ninguna comunidad de consagrados un libro como este, para la reflexión personal y comunitaria. ¡Felicidades, hermano Carlos!

ALEJANDRO FERNÁNDEZ BARRAJÓN